

Estudios culturales / estudios de audiencia: clase, política y tecnología. Entrevista con David Morley*



Por Sandra Vera Zambrano**/Universidad de Toulouse I Capitole, Francia

Introducción

DAVID MORLEY HA VENIDO REVOLUCIONANDO el campo de la comunicación desde los años setenta por medio de sus estudios sobre audiencias, todo ello desde una perspectiva interdisciplinaria, atenta al poder cultural, a los contextos de recepción y a las dimensiones de clase, género y etaria que los atraviesan. Profesor del Departamento de Medios y Comunicación de la Universidad Goldsmiths, Londres, inició sus investigaciones en el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CECC), en Birmingham. Su investigación teórica y etnográfica abarca las prácticas de consumo de medios de comunicación (televisión, cine, teléfono móvil y demás), el papel de dichas tecnologías en la articulación de los ámbitos público y privado, así como las dimensiones funcionales, políticas, espaciales y simbólicas de las nuevas tecnologías en un marco globalizado.

La entrevista presentada a continuación conforma un recorrido agudo en torno a los tópicos centrales de la obra de David Morley: los estudios culturales británicos, la interdisciplina y la relación entre audiencias y medios; la teoría de los efectos, la dimensión activa de la práctica de consumo, el poder cultural, la dimensión de clase, los usos diversos de los medios, así como el impacto de las tecnologías y las redes —como Facebook— en los movimientos sociales.

Cultural studies / audience studies: class, politic and technology.

Interview with David Morley

Pp. 178-186, en Versión. Estudios de Comunicación y Política

Número 36/mayo-octubre 2015, ISSN 2007-5758

<<http://version.xoc.uam.mx>>

Entrevista

Sandra Vera Zambrano:

Primera pregunta. Voy a pedirle que se presente usted mismo, pues muchos lectores franceses solo lo conocen por *Nationwide*. De alguna forma conocemos su trabajo, pero no conocemos su trayectoria ni su historia.

David Morley:

Cierto, es un problema recurrente al cual me enfrento. Soy conocido a nivel internacional sobre todo por un estudio que realicé (se ríe discretamente, mostrando sorpresa) hace casi 40 años. Se trató de un estudio sobre la recepción de un programa televisivo llamado *Nationwide*, que la gran mayoría de los lectores de ese trabajo nunca ha visto. Era un programa sobre temas de actualidad, más bien banal y típicamente británico. Fue deliberadamente escogido por tratarse en concreto de un programa ordinario, sin pretensiones elitistas.

Resulta extraño que la gente haya sabido de mi trabajo mediante las interpretaciones hechas por varios televidentes sobre un programa televisivo que los lectores nunca vieron. Es una fama muy curiosa la que uno se puede hacer, dadas esas circunstancias. Por supuesto, una peculiaridad de ese proyecto —desarrollado en los años setenta— es que por entonces en Gran Bretaña se comenzó a poner atención en la relevancia del rol que jugaban los medios de comunicación electrónica para instalar agendas que incluían la discusión de ciertos temas políticos. No obstante, nos encontramos con una dificultad profunda. A saber, que mucha gente —especialmente de izquierda, marxistas y otros— solía hacer una tonta inferencia: establecer que cualquier cosa que los medios dijeran necesariamente tendría “efectos” sobre la gente. Es una noción ridícula del tal proceso. Dentro de ese contexto, a mí me interesaba el problema del poder cultural. Nunca estuve interesado especialmente en la televisión y mucho menos en un programa televisivo llamado *Nationwide*, que por cierto era bastante estúpido. El proyecto lo desarrollé en el Centro de Estudios Culturales (Birmingham), donde estábamos trabajando el modelo de hegemonía diseñado por Gramsci. Pensábamos en la hegemonía como un proceso frágil que necesita ser construido y reconstruido de forma cotidiana, en tanto es desestabilizado por gente distinta y en formas diferenciadas. Por lo mismo, las cuestiones que planteamos fueron: “si hemos de entender el poder, entonces cuáles son los límites del poder; hasta qué punto la gente no cree en los medios; en qué punto las personas no aceptan del todo el tipo de tonterías que las noticias *mainstream* difunden. De eso se trataba el proyecto sobre *Nationwide*, de *operacionalizar* el modelo de codificación/decodificación desarrollado por Stuart Hall para poder caracterizar el asunto del poder cultural producido a través de las modalidades en las que los medios interpelaban a distintos sectores de la

audiencia. En consecuencia, los medios serían poderosos de diferentes maneras. Algunas personas del público se inclinaban más por creer lo que este programa de tonterías decía, mientras otras propendían menos a creer los mismos contenidos mediáticos. De modo que el asunto clave consistió en averiguar de qué forma las inclinaciones referidas estaban relacionadas con la posición de clase (social), o bien con la identidad de los telespectadores. Un asunto interesante que emergió después de realizar este proyecto fue que durante un largo período, entre los años ochenta y los noventa, cuando el posestructuralismo se puso de moda, existió una fuerte preocupación dentro de los estudios críticos por evadir lo que se identificó como esencialismo; especialmente, el esencialismo de clase. Un punto en común que compartían las distintas críticas hacia mi proyecto es que era esencialista puesto que dependía demasiado de la categoría de clase para explicar las decodificaciones diferenciadas. Es gracioso que hace más o menos cinco años un estudiante de San Diego, en Estados Unidos, tuvo acceso a una serie de tecnologías de cómputo que en los setenta yo no pude usar para analizar toda la información de mi proyecto y concluyó justo lo contrario a lo que la crítica apuntaba: ¡Resultó que en mi proyecto subestimé la medida en la que las decodificaciones diferenciadas podían ser explicadas por la clase social! Precisamente esa relación fue la que motivó la realización del proyecto. Todo ello apuntaba hacia el asunto del poder, la clase y los medios, pero yo no quería discutir esas cuestiones en abstracto. Quería encontrar una forma de *operacionalizar* esas preguntas. Para poder hacer lo anterior, fue necesario tomar un programa televisivo en particular y estudiar a detalle sus efectos. Se trataría de un programa de televisión sobre el sentido común de ese momento en particular.

Nationwide fue un programa televisivo que se adjudicaba a sí mismo la capacidad de expresar el sentido comunicativo de la nación. En otras palabras, todo aquello que implícitamente se daba por sentado, aquello que toda persona sensata podría creer y compartir con otras personas. Ahora bien, el sentido común, aunque se presenta como lo natural y lo dado por sentado, siempre es construido. El objetivo de ese proyecto de investigación no fue otro que el de observar las formas en las cuales el programa televisivo producía una definición particular de lo que constituía el sentido común en la Gran Bretaña de los años setenta. Tal observación anunciaba la perspectiva que Stuart Hall desarrolló posteriormente en su famoso artículo: “The great moving right show”. Ahí, Hall habla de la emergencia del thatcherismo y la forma en que todo ese proyecto de gobierno produjo un cambio hacia la derecha en el sentido común, destruyendo de esa manera el sentido común de la Posguerra, el cual permitió la fundación del Estado de bienestar para instalar, en su lugar, un contenido diferente: el sentido común del capitalismo neoliberal individualista.

Sandra Vera Zambrano:

¿Y qué nos dice sobre usted, qué lo llevó a interesarse en las cuestiones del poder?

David Morley:

En la licenciatura estudié Sociología en la Escuela de Economía de Londres, durante el período de las manifestaciones estudiantiles de 1968. Desde entonces, me involucré mucho con el asunto de política y poder. Como decía, en ese período hubo una creciente preocupación por los medios de comunicación y las formas del poder cultural. Desafortunadamente para mí, la Escuela de Economía de Londres, a pesar de ser una institución académica de gran prestigio, resultó ser muy tradicional. Incluso se opusieron a apoyar mi proyecto de doctorado, pues dijeron que era bastante banal para una institución como esa. Por lo mismo, no pude hacer allí mi doctorado. Afortunadamente, tuve mucha dificultad al tratar de localizar un buen sitio para desarrollar mi proyecto. En algún punto, alguien me comentó de un lugar en Birmingham llamado Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CECC). Contacté con Stuart Hall, quien me invitó a incorporarme en el Grupo de Medios que operaba entre los diversos subgrupos del CECC. Me hice miembro de ese grupo y comencé a trabajar con Stuart y con otros compañeros durante casi todos los años setenta. Resultó ser un muy buen momento para estar en ese lugar. El trabajo colectivo que se estaba desarrollando por los grupos estudiantiles era fantástico. Fue un gran privilegio formar parte de todo ello. Así es como llegué a todo. En cierto sentido, fue de forma negativa, dado que llegué como resultado de un rechazo. Por el hecho de que el campo convencional de la sociología no pudo reconocer que lo que yo estaba proponiendo era, de hecho, muy importante. Claro, es irónico, pero Stuart Hall tenía el objetivo de, como él decía, “hacer sociología mejor que los sociólogos”. De hecho, terminó siendo profesor de Sociología, aunque la suya se mezclaba con muchas otras cosas. Lo que descubrí en el CECC, y que resultó clave para mi vida intelectual, fue la interdisciplina. Allí conocí a gente como Stuart, que incorporó las perspectivas de la teoría literaria, la lingüística, antropología, semiología y psicoanálisis, formando una mezcla de marcos teóricos que me proveyeron de un aparato conceptual con el cual he trabajado subsecuentemente. Yo diría que tanto el compromiso con la interdisciplina como la negativa a aceptar la idea de que una sola disciplina puede tener el monopolio de la verdad es vital para mí. De manera que cuando Pierre Bourdieu hizo el estúpido comentario de caracterizar los estudios culturales como una “ciencia sin pedigrí”, más allá del respeto que parte de su obra me inspira, pienso que perdió de vista un punto fundamental: la pureza disciplinaria que él defiende es un dios sinsentido al cual alabar. Estoy convencido de ello.

Sandra Vera Zambrano:

Está usted hablando de interdisciplinaria; en la práctica, ¿cómo trabajan estas disciplinas de forma conjunta, la sociología, los estudios literarios y la antropología? Recuerdo que años atrás, cuando nos conocimos, usted me contó cómo se hacía el trabajo en el día a día del Centro, en Birmingham. ¿Podría decirme algo más sobre cómo invierte las horas del día trabajando, con toda esa energía, usted y sus colegas, con quienes compartió la sensación de estar produciendo algo importante?

David Morley:

Bien, supongo que cuando, por ejemplo, en el Grupo de Medios tomamos el programa televisivo *Nationwide* como objeto de estudio el asunto consistió en identificar aquello que cada uno podría aportar para el análisis, desde sus respectivas visiones disciplinarias. Por ejemplo Charlotte Brunson, quien venía con una formación muy clásica en estudios literarios británicos, aportó un tipo de atención a la estructura textual del programa, la cual había desarrollado en su temprana formación literaria, analizando poemas, novelas y otros textos. Ella fue quien tuvo la idea de que era necesario entender *Nationwide* en tanto programa televisivo. No era el contenido del programa lo que estaríamos analizando, sino su estructura y el modo en que se inscribía dentro del mismo un metadiscurso que atravesaba todo el programa y que, a su vez, era articulado por los conductores del *show*. Asimismo, fue ella quien tuvo la idea de que concentráramos nuestra atención en esos mecanismos textuales para poder identificar la forma en que se constituía la lectura preferencial que Stuart Hall había definido como “codificar/decodificando”. Sin duda, la propuesta de Charlotte fue una brillante aportación que solo una especialista en estudios literarios pudo haber hecho. Yo jamás habría podido producir algo así. Otro miembro del grupo estuvo involucrado en el análisis visual y de la fotografía, por lo cual tenía una idea muy clara sobre la relevancia de los ángulos de la cámara y sobre las formas en que la gente era filmada. Otros colegas vinieron del ámbito de los estudios sobre cine. Ellos entendían cómo, desde la teoría del género, formas narrativas particulares se asociaban, socialmente, con personajes particulares que, al mismo tiempo, asumían comportamientos predecibles. De esta forma, si uno quería entender un género *mainstream* como el de la *Soap Opera*, la teoría del género era increíblemente útil para hacerlo. Otros colegas economistas pudieron entender de qué modo los anuncios comerciales al interior de un programa decían mucho sobre el grupo de televidentes al que los productores del programa pretendían llegar y, por lo tanto, el tipo de productos que podrían venderles a los mismos. Todo este conjunto de aportaciones fragmentarias, aportadas por gente con diversas formaciones disciplinarias, constituyó la materia prima de nuestro trabajo. Desde otra mirada, alguien desde la antropología sugirió: “qué tal si pensamos que esta forma regular de

mirar las noticias televisivas es parte de un ritual". Por supuesto, dicha mirada aportó un ángulo de análisis tremendamente útil para nuestro trabajo. Así es como la interdisciplinariedad funcionó. Ello constituía la parte bella del proceso, porque no estábamos intentando desarrollar un nuevo tipo de teoría en abstracto; tratábamos con diferentes disciplinas que ofrecían herramientas conceptuales específicas para resolver distintos tipos de problemas. Es como si quisieras reparar tu casa. No solo llamas al plomero, también al carpintero, al electricista y a un albañil.

Sandra Vera Zambrano:

Eso tiene sentido. Entiendo que terminaste por abandonar el CECC. ¿Por qué decidiste hacerlo y cómo cambió el Centro luego de tu partida?

David Morley:

Abandoné el Centro porque dejé de ser estudiante y me urgía conseguir trabajo. Afortunadamente el CECC siempre operó como una mafia en el sentido de que, si eras miembro, otros miembros te cuidaban. Ese fue el caso de Ian Connell, amigo cercano, quien fue parte del CECC y me consiguió trabajo en un lugar que por entonces se conocía como Politécnico Lanchester. No era una universidad, sino una institución de nivel inferior. Así es como los estudios culturales y de comunicación comenzaron en Gran Bretaña. No era posible para nosotros encontrar posiciones laborales en universidades esnobas [N.T. pijas, fresas]. Los estudios culturales y de comunicación comenzaron en los márgenes del sistema educativo, en instituciones con reputación de segunda que en ese momento eran denominados politécnicos, aunque más tarde se les llamó universidades, cuando el sistema universitario fue reestructurado en su totalidad. Ese es un patrón muy común. Lo mismo sucede en Japón. Ahora los estudios culturales son importantes en ese país, aunque no comenzaron en la Universidad de Tokio, sino en varias instituciones más bien pequeñas y en diversas regiones del país. Mi primer empleo fue en un politécnico de nivel más bajo, en Coventry. Luego me incorporé a la diáspora del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos que se diseminó a través de la red de universidades británicas. Eso me ha sucedido toda la vida. Ahora estoy en Goldsmiths porque otro miembro del Centro, Dick Hebdige, estaba por partir a Estados Unidos y básicamente se aseguró de que yo obtuviera su puesto. Ya en Goldsmiths, una vez que tuve el poder de hacerlo, coloqué a otras personas interesadas y formadas en los estudios culturales. En otras palabras, así es como funcionan estas cosas. De manera que los estudios culturales se expandieron a través de un buen número de instituciones, a veces en departamentos llamados "Medios y Comunicación", en vez de "Estudios Culturales". Más tarde se formaron los departamentos de estudios culturales, pero eran muy diferentes. Existe algo llamado Centro para los Estudios Culturales en Goldsmiths, pero ese lugar no tiene absolutamente nada

que ver con los estudios culturales en lo que a mí respecta. Allí más bien enseñan un tipo de sociología abstracta del mundo posmoderno. Desde un nivel teórico, esa perspectiva no tiene que ver con los estudios culturales, tal y como yo los entiendo. Hoy en día existen muchas instancias que se llaman a sí mismas estudios culturales; no obstante, tienen muy poco que ver con el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham. Además, el Centro se transformó sustantivamente a lo largo de todo este tiempo. Cuando yo estuve ahí, en los años setenta, era una institución de posgrado que desarrollaba maestrías y doctorados exclusivamente. El problema fue que ya entrados en los años ochenta se inventaron las licenciaturas en Medios y Comunicación y Estudios Culturales; frente a ello, los gerentes de las universidades en toda Gran Bretaña se relamieron los labios, pues de ese modo podrían reclutar a cientos de estudiantes. Las disciplinas en cuestión eran increíblemente populares. El problema para Birmingham fue que el Centro de Estudios Culturales fue convertido en una máquina de enseñanza para licenciatura. Para 2002, cuando fue cerrado, prácticamente no se generaba investigación significativa. Nadie en ese lugar tenía tiempo para investigar porque, básicamente, todos daban clases a cientos de estudiantes de licenciatura.

Como sabes, en un mes habrá una conferencia para celebrar el quincuagésimo aniversario de la fundación del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham. Yo estaré por allá, junto con mucha otra gente que conozco. Sin embargo, resulta extraño que se celebre la fundación del Centro, dado que la Universidad de Birmingham decidió clausurarlo hace más de 10 años y ahora reconoce que, al hacerlo, cometió un gran error. Ahora están desesperados por compensar su error de alguna forma, celebrando la existencia del Centro, lo cual es profundamente cínico (se ríe discretamente). Pero así son las cosas. Los estudios culturales siempre han sido una cosa en movimiento. Hay mucha gente que se siente nostálgica por la clausura del Centro, pero la verdad es que para ese tiempo era una institución completamente diferente. No estaba haciendo lo que hizo en los años setenta, no era parte del *avant garde* de la investigación internacional. Era una fábrica de clases de licenciatura.

Sandra Vera Zambrano:

Claro, desde esa óptica podríamos asumir que los estudios culturales son un campo, si se les puede llamar así, que ha cambiado mucho, un campo que se orientó hacia otros intereses como la raza, el género o incluso las prácticas de lectura, tal y como lo hacen en Estados Unidos.

David Morley:

Bueno, son dos cosas diferentes. Creo que existe una muy consistente y rica historia sobre la manera en que el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham cambió a lo largo de los años setenta y ochenta.

Inició con un interés predominante en las cuestiones vinculadas con la clase social, mucho en el sentido planteado por el trabajo fundacional de Richard Hoggart. En ese momento, por supuesto que la gente pensaba dentro del marco de lo nacional, se plantearon estudios culturales contemporáneos de Gran Bretaña. Su interés se centraba en las audiencias nacionales, en las estructuras nacionales de clase. Ciertamente, una de las cosas que se transformó desde entonces fue la dinámica de internacionalización y globalización del mundo, lo cual implica que este tipo de perspectiva nacional ya no funciona. En segundo lugar, el Centro en sí mismo experimentó dos revoluciones: una vinculada con la irrupción del feminismo como una agenda dentro del CECC, que en principio no existía en la fundación del mismo. Fue necesario luchar por esa agenda hasta que se estableció gradualmente, gracias al trabajo de gente como Charlotte Brunson, Janice Winship o Maureen McNeil. Más tarde, los temas de la raza y la etnicidad emergieron, junto con el trabajo de investigadores como Paul Gilroy o Stuart Hall, quien los convertiría en sus temas centrales algunos años más tarde. Todas esas cosas forman parte de su relato sobre los cambiantes objetos de análisis de los estudios culturales. Para regresar al punto donde comencé, referente al asunto de lo nacional: desde luego, existe una larga historia sobre la internacionalización de los estudios culturales y el crecimiento de los estudios culturales británicos como una suerte de industria de exportación que, de hecho, se “ha apoderado” de buena parte del mundo. De igual modo, muchas veces se hace esta caracterización de forma errónea, sin que se reconozca la forma en que fue necesario cambiar y adaptar las perspectivas originales cuando fueron aplicadas en Corea, Namibia o cualquier otro lugar. Al mismo tiempo, encontramos un cambio mucho más importante en el uso del nombre estudios culturales para describir una forma abstracta de pensar y trabajar, la cual es más altamente teorizada y que tiene muy poco que ver con el proyecto inicial de los estudios culturales. Un proyecto que fue constituido por su compromiso con la teoría aplicable, no teoría con *t* mayúscula, sino con un uso de la teoría para entender una situación particular. Como ya lo decía anteriormente, hay muchas personas en Gran Bretaña y en otros lados que ahora hacen algo que llaman “estudios culturales” y que, no obstante, Stuart Hall jamás los habría reconocido como continuadores de las líneas del CECC. Hace poco, en sus últimos años de vida, Stuart y yo solíamos discutir la extraña correspondencia entre la obra de este con la de Michel Serres. Como ejemplo puede mencionarse el momento en que Serres afirma querer rechazar la idea de que existe una “llave universal”, esto al referirse a la teoría perezosa, la cual asume que en todo momento cuenta con la respuesta para todo (como cuando Serres dice: “si quieres entender un problema, si quieres abrir el candado de una puerta en particular, debes construir una llave específica para ese cerrojo”). ¡Eso es básicamente lo que Stuart siempre estuvo discutiendo;

que ese tipo de aseveración, la cual sostiene que un solo tipo de teoría —ya sea marxismo, psicoanálisis o lo que sea— puede explicar cualquier cosa, era por definición estúpida! El problema es que hay un montón de gente que plantea las cosas en esos términos, como si su compromiso con ciertos tipos de alta teoría de alguna forma les otorgara un mayor estatus a su trabajo.

Sandra Vera Zambrano:

Hemos estado hablando de los estudios culturales hoy y de cómo han cambiado en los últimos 40 años. Ahora me gustaría que platicáramos directamente sobre las cuestiones que conciernen al tema central de esta revista: las audiencias y la recepción. Mi primera pregunta se refiere a cómo vincular los estudios culturales con los estudios de audiencia. Para algunos, como nosotros, indagar sobre las audiencias y los procesos de recepción desde la lógica de los estudios culturales tiene sentido, fundamentalmente porque queremos tomar en cuenta lo que las personas piensan, desde su posición, en el espacio social. Esta primera cuestión me lleva hacia un asunto más amplio: la relación entre Pierre Bourdieu y los estudios culturales. En lo personal, pienso que este asunto sigue siendo relevante, a pesar de los 10 años que han pasado desde que platicamos por primera vez. Para el número de esta revista, algunos autores buscaron vincular la obra de Bourdieu con las estructuras y la hegemonía.

David Morley:

Lo diré de dos maneras distintas. Considero que los estudios de audiencias como un campo en sí mismo —o los estudios de recepción, como también son conocidos— constituye una idea estúpida. Además, creo que es una idiotez crear pequeñas subdisciplinas por todos lados: estudios de audiencia, estudios de recepción. No tiene sentido definir el campo de forma tan especializada. Las audiencias pueden ser el objeto de estudio (o, en términos más amplios, podríamos llamarle los usos y consumos de la tecnología). Entonces es un campo extremadamente amplio que debe ser considerado bajo una luz abarcadora, interdisciplinaria, que nos permita pensar en las formas en las cuales, por ejemplo, la antropología contribuyó con la formulación de sus preguntas. Bourdieu, por supuesto, fue una figura importante para mí en los años setenta. El problema es que se ha convertido en una especie de santo en Francia. Mucha gente que he topado por allá me dice: “oh, sí claro, estamos tratando de apartarnos de Bourdieu”. No obstante, si todo el mundo invierte la mayor parte de su tiempo tratando de “apartarse” de Bourdieu, sería mejor simplemente rendirle pleitesía sin tanto rollo, dado que todo el tiempo se van a definir en función de él. En efecto, Bourdieu planteó cosas súper interesantes. Si revisas su primer material etnográfico, su trabajo sobre la casa Kabyle y su estructura interna son fantásticos. Ese trabajo me planteó una de las claves para poder formular la perspectiva que desarrollé en *Family television*: ¡era imposible hablar

sobre la clase social y la distribución del capital cultural sin hacer alguna referencia a Bourdieu! Pero por el amor de Dios, él no era la única persona hablando sobre el tema. Antes de leer a Bourdieu, en Gran Bretaña estaban Basil Bernstein y Howard Rosen, que hicieron exactamente el mismo trabajo sobre la distribución del capital cultural a través del sistema educativo y el éxito diferenciado entre las clases trabajadoras y las clases medias. Bourdieu no inventó todo eso. Como yo lo apunté, a él le tocó ser la persona que habló de ello en Francia. ¿Por qué, hasta el día de hoy, se mantiene como esta figura sagrada de la academia francesa, a quien todos deben continuar reverenciando? Simplemente no lo entiendo. Era bueno, mas solo se trataba de una persona que tenía algunas cosas buenas por decir. A lo que me refiero es que no entiendo por qué en Francia se le continúa otorgando esa posición de magnificencia en la que todo se relaciona con él. Bourdieu tuvo muy poco qué decir sobre los medios y las pocas cosas que dijo al respecto, además de las del periodismo, fueron muy tontas. Como ya lo dije, tenía una actitud terriblemente despectiva sobre la interdisciplina. Su concepción de los estudios culturales como una “ciencia sin pedigrí” fue tan despectiva, tan idiota. En otras palabras, por 20 años gente de Francia se ha acercado a mí en distintos momentos para plantear: “si queremos introducir los estudios de audiencia, necesitamos introducir los estudios culturales”. Lo anterior sucede periódicamente, en ciclos como de cinco años, y nunca tal afirmación ha llevado a nada. Eso se debe, en parte, a que la figura de Bourdieu se mantiene como una “maldición” que pesa sobre todo lo que no sea sociología pura. Bien, pues lo siento, a mí no me interesa la sociología por sí misma. O sea, me congratulo de tener un entendimiento profundo de la disciplina sociológica. Tengo una muy buena formación como sociólogo y comparto la ambición de Stuart Hall de hacer sociología mejor que los sociólogos, pero bajo ninguna circunstancia deseo mantenerme atrapado por la sociología y Bourdieu te deja atrapado en ella. No creo que la sociología tenga la respuesta a todas las preguntas. De hecho, no creo que tenga mucho qué decir sobre gran parte de las cosas que me interesan. La última vez que estuve en Francia, recuerdo haber tenido una conversación con un sociólogo de los medios en París. Me decía: “yo me opongo a Bourdieu en esto y en lo otro”. O sea, si de lo que se trata es de oponerse a Bourdieu, entonces por qué no mejor se casan con el tipo. La mayoría de los matrimonios funcionan con base en la discusión, ¿sabes? Simplemente no creo que valga la pena discutir con Bourdieu. Aunque, es cierto, él fue grande en varias formas: me encanta ese pasaje en *Sociology as a martial art* en donde molesta a Loïc Wacquant por producir tantos artículos e ir a tantos congresos sin ser capaz de escribir su próximo gran libro. Admiro su ética de trabajo, ¿sabes? Fue una gran figura, aunque fuera bastante tonto sobre ciertas cosas. Muy, muy tonto. Muy, muy tradicionalista y con una mentalidad cerrada de formas muy improductivas.

Sandra Vera Zambrano:

Sí, supongo. Sin embargo, aquí en Toulouse, y tal vez por la influencia de Eric Darras, nosotros —al menos yo— somos proclives al trabajo de Bourdieu: trabajamos *con* Bourdieu y no *contra* Bourdieu. Es interesante cómo hemos estado formulando las mismas preguntas durante los últimos 20 años y cómo todavía no encontramos respuestas definitivas. Nos mantenemos siendo partidarios de alguno de los lados, ya sea en contra o a favor.

David Morley:

Pues creo que seguirás formulando la misma pregunta mientras te mantengas atrapada en esa conversación. No vas a llegar a ningún lado, solo darás vueltas en círculos. Creo.

Sandra Vera Zambrano:

Sí, estamos intentando hacer eso en este número. Ese es nuestro objetivo, ir más allá de Bourdieu, no sé si realmente podremos, pero es la idea, superarlo.

David Morley:

Sí, recuerdo que la última vez que fui a Toulouse conocí a Christian Baudelot. Estaba impartiendo unas conferencias y habló de cuando él y Roger Establet escribieron *La escuela capitalista en Francia* (1971). Nosotros estábamos leyendo eso a principio de los años setenta en Gran Bretaña. De hecho, creo que ese libro tiene algo que es mucho más útil (que lo que Bourdieu dijo sobre esos asuntos).

Sandra Vera Zambrano:

Está bien.

David Morley:

Creo que ya tuve suficiente de Bourdieu. “Muchas gracias, Pierre, gusto en conocerte. Muchas gracias por la contribución. ¿Podemos ahora continuar, por favor?”

Sandra Vera Zambrano:

¡Seguro! Lo estamos intentando, ese es nuestro objetivo (risas). Muy bien, entonces regresemos a lo que nos ocupa en este número. Estamos tratando de explicar las audiencias, pero no los estudios de las audiencias por sí mismos: nos interesan también las cuestiones sobre la reflexividad. Quería preguntarle si consideraba posible hacer estudios de audiencias sin un compromiso político. Las preguntas son: ¿cómo tratar el compromiso político y cómo se dio esa relación para usted en Inglaterra? ¿Estaba usted políticamente comprometido o no? ¿Cómo consiguió trabajar con las audiencias como un investigador comprometido (o no)? Partimos de la idea de que en nuestras investigaciones accedemos a lo que la gente interpreta por medio de nuestras interpretaciones. ¿Cómo confronta usted tales cuestiones?

David Morley:

Bien, pues como ya he dicho, nunca he estado realmente interesado en las audiencias; tampoco en la televisión. Me interesaba el poder cultural. Al mismo tiempo estaba desarrollando un proyecto sobre cómo las audiencias consumen televisión. Estaba muy ocupado gestionando medios alternativos en el este de Londres, donde vivo. Mi involucramiento en el campo estuvo siempre alimentado por la política, sin eso ni siquiera me habría molestado. En lo personal, me encuentro motivado por una serie de cuestiones políticas, pero es clara la posibilidad de hacer trabajo sobre las audiencias sin hacer referencia a la política. Hay personas que se hicieron muy famosas en el campo, como Roger Silverstone y Paddy Scannell. Ambos realizaron investigaciones muy importantes en varios sentidos, como por ejemplo reflexionar sobre la relación entre tecnología y audiencias. No obstante, ninguno de ellos realmente entiende lo político y para mí ello constituye una limitación manifiesta de su trabajo. A menos que se haga referencia a los asuntos relacionados con el poder cultural, francamente no le veo sentido a tal tipo de pesquisa. Para mí el interés reside en poder incorporar la pregunta simple de cómo la gente ve televisión, hacia la cuestión más amplia de cómo usamos las tecnologías de la comunicación, ya sea la televisión, la computadora, el teléfono celular o cualquier otra cosa. Como ya comenté, se trata de ampliar el campo. Tampoco estoy interesado en ninguna de esas cuestiones, a menos de que se haga referencia al poder cultural. Ahora bien, un asunto que es vital evadir dentro de esta coyuntura estriba en enredarse con el discurso idiota del empoderamiento cultural. El mismo afirma que solo porque se tiene acceso a un teléfono móvil o a una computadora una persona puede, en teoría, subir y bajar contenidos de Internet. Esta se convierte en miembro de una estructura políticamente mucho más activa, incluso con potencial democrático, en virtud de las propias conexiones tecnológicas. Es un error tremendo inferir que los medios digitales implican necesariamente audiencias o públicos activos y democráticos, mientras que los viejos medios analógicos supondrían a los públicos pasivos y holgazanes. Construir un contraste de este tipo resulta realmente estúpido. No es útil para nadie. Las audiencias nunca han sido pasivas en ningún sentido. He pasado mi vida demostrando eso. Al contrario, mucha de la actividad con la cual la gente se involucra en los nuevos medios es, de hecho, bastante trivial. No es necesariamente democrática o políticamente significativa. De otro modo, parte de mi nuevo trabajo trata sobre Medio Oriente y las percepciones bobas que sostienen que Facebook “causó” la Primavera Árabe. En efecto, algunos de los organizadores de los eventos en la Plaza Tahrir en cierto momento dependieron de Facebook para organizarse, pero estos eran una porción menor de la gente que se involucró y únicamente en cierta parte de los acontecimientos. ¡No puedes llenar la Plaza Tahrir con la gente de Facebook! No hay tantos egipcios alfabe-

tizados y mucha gente no tiene acceso a Internet. ¡Todo eso es basura! ¡Solo se puede llenar la Plaza Tahrir como sucedió: yendo a los distritos pobres de la ciudad y vociferando quejas sobre el precio de la comida o bien sobre la corrupción del régimen de Mubarak, así es como llevas a la gente a la plaza! En términos materiales, se trató de una táctica medieval: llenar la plaza. La razón por la que esa revolución fue exitosa no tiene nada que ver con las nuevas tecnologías, sino que tuvo todo que ver con las viejas tecnologías. El momento clave fue cuando reunieron suficiente gente en la plaza para poder dirigir un contingente al edificio Maspero, donde el Sistema Público Egipcio de Radiodifusión se encontraba trabajando y al que contuvieron dentro del mismo. Hasta entonces, el edificio Maspero estuvo emitiendo propaganda en pro del régimen de Mubarak, la cual había probado ser muy eficaz hasta entonces, sobre todo en ciertas áreas de Egipto, donde la gente no contaba con fuentes alternativas de información. El momento clave resultó ser la clausura de los viejos medios, la televisión, con el uso de una táctica medieval de asedio y enclaustramiento. Eso fue lo que pasó en la Plaza Tahrir. Hay un momento en que Facebook juega una parte en la organización de los estudiantes de la clase media, liberal y educada. Lo anterior no explica todo el fenómeno. Resulta fundamental considerar ocho años de programas televisivos críticos que fueron permitidos por el régimen de Mubarak en sus últimos tiempos. Ello permitió la constitución de una suerte de cultura irónica en El Cairo. También habría que considerar la publicación de novelas como *The Yacoubian building*, que fue leída fundamentalmente por los grupos ilustrados de El Cairo pero que, con todo, representó un factor importante de desestabilización al respecto que siempre habían mostrado por Mubarak. Por añadidura, hay que considerar ocho años de huelgas en Alexandria y otras ciudades. El identificar a las nuevas tecnologías como “la causa” de todo el evento es simplemente inverosímil. Lo mismo pasó con la discusión sobre el Parque Gezi, en Estambul. Es decir, en efecto, si estás en una manifestación y usas un teléfono móvil para coordinarte con tus colegas de manifestación con el objetivo de acordar un sitio de encuentro, ¡es un uso fantástico! Esa capacidad tecnológica es realmente útil. Pero cada vez que haces eso le das al Estado turco un mapa completo de tu red interna de comunicación, lo cual significa que la próxima vez que andes por ahí sabrán a quién aprehender primero de forma preventiva, porque van a detener a los que hayan retuiteado más mensajes, identificándolos, correctamente, como “los porteros” de una estructura de información. Así es como la gente será puesta en prisión antes de que sepan qué está pasando. De manera que el teléfono móvil tiene un potencial positivo para darle un uso político y, a la inversa, cuenta con un potencial equivalente, si no es que mayor potencial, de ser una fuerza negativa en tanto máquina de vigilancia. Es la forma en la cual veo esto en relación con la política y el poder contemporáneos.

Sandra Vera Zambrano:

Muy bien. Esta pregunta originalmente no estaba escrita en mi guía, pero ¿me podría decir algo más sobre su nuevo libro? ¿Será sobre el uso de las nuevas tecnologías en Medio Oriente?

David Morley:

Es mucho más amplio. Comenzó con algunas preguntas sobre las audiencias mediáticas. Mi trabajo inició específicamente en una era de la transmisión nacional de contenidos mediáticos y de poblaciones nacionales más o menos estables. Como ya comentaba antes, desde entonces los medios se han vuelto más móviles y más transnacionales. Igualmente las audiencias. Si piensas en los planteamientos de Arjun Appadurai sobre los “etnopaisajes” y los “mediapaisajes”, comienzan por referir el modo en el cual sueles constatar en estos días la forma en que los mensajes móviles llegan a audiencias móviles o desterritorializadas. No podemos asumir que las audiencias sean sedentarias en la forma en que solíamos pensarlas. De igual modo, no debemos asumir que están consumiendo únicamente contenidos mediáticos nacionales. Así que, en mi trabajo empecé por considerar dichos factores de tal forma que no solo comencé a pensar en la movilidad de los mensajes, sino también en la de las personas. Fue entonces que regresé a consultar un pequeño libro que Yves de la Haye publicó 30 años atrás en las ediciones de Armand Mattelart, la colección del trabajo de Marx y Engels sobre la comunicación. De la Haye encuentra el momento en que Marx y Engels definen la comunicación como “el movimiento de información, personas y bienes”. A la par, reintroduce la cuestión de la movilidad física y el transporte en el ámbito de las comunicaciones. Fundamentalmente, en los últimos 50 años hemos llegado a pensar que las comunicaciones solo están vinculadas con los mensajes, por lo que hemos perdido la dimensión física del proceso. Estoy escribiendo un libro que redefina la comunicación de tal forma que reincluye el transporte, así como la creación de nuevas geografías del transporte y de las flamantes movilidades. También refiere a la globalización en buena medida, pero de una manera distinta a la cual se hace usualmente. No creo que nos hayamos movido de una era de geografías físicas a un mundo de virtualidad. No considero que el territorio visual haya remplazado al territorio físico; pienso que lo que hay que comprender es la rearticulación de los territorios virtuales con los físicos. La rearticulación de lo *offline* con lo *online* y no la sustitución de lo uno por lo otro. Así que mi libro insiste en la materialidad de las comunicaciones. La clave reside en abordar el caso de las embarcaciones de contenedores. No es posible entender la globalización sin las embarcaciones de contenedores, porque esa es la materia prima de la economía global. Si contemplas las embarcaciones de contenedores, descubrirás que todo aquello que ha venido entusiasmando

a la gente de los estudios de medios en los últimos 15 años sobre la cultura de la convergencia y los medios multiplataforma, sucedió de hecho en la industria del transporte en los años 50 y 60, cuando Malcom McLean inventó la caja contenedora. La caja contenedora es una unidad estandarizada que se puede acoplar a distintas plataformas, aviones, trenes, camiones barcos, etcétera. Es exactamente el mismo proceso empleado en la noción del contenido digital estándar, que puede ser transportado a través de distintos medios (multiplataformas). En consecuencia, resulta que estudiar la historia de las embarcaciones de contenedores y las formas en que la misma se desarrolló nos presenta un conjunto de ángulos muy interesantes desde donde se pueden observar los debates sobre la digitalización y la regulación de la convergencia, permitiéndonos ver de forma más clara la relación entre las geografías materiales y lo virtual, así como los vínculos entre la movilidad de informaciones, personas y bienes. De eso se trata mi libro. Desafortunadamente, tengo un problema con uno de mis brazos, está lastimado y no me permite teclear, razón por la cual el libro tuvo que ser producido con dictado en vez de haber sido escrito. Por ello el proceso ha sido muy lento, mas ya he publicado una versión de ese argumento en *Media, Culture and Society* sobre la comunicación y el transporte hace un par de años que, en lo fundamental, traza la base de mi acercamiento al libro.

Sandra Vera Zambrano:

Regresando a los estudios culturales, ¿qué opina sobre las nuevas pistas para ese pensamiento? De alguna forma, me sorprendió el nuevo libro de Skegg, *Reality, televisión and class*. En sus capítulos vuelve a revisar los asuntos de clase como uno de los principios estructurantes de ese proceso, tal y como usted lo ha hecho desde siempre. ¿Debería ser la clase una de las principales variables a considerar dentro de los estudios culturales?

David Morley:

Hace un par de años publiqué un artículo sobre la tele-realidad. Está basado en una plática que di en el congreso al que Beverly Skeggs y sus colegas amablemente me invitaron, cuando presentaron las conclusiones de su investigación. Mi plática de ese día fue reproducida después como artículo en el *European Journal of Cultural Studies*, con el título “Reality, televisión and mediated class-ifications”. Mi postura es que nunca he dejado de hablar de clase, pero hablo de un montón de otras cosas a la vez. Creo que el trabajo que realizaron Beverly y sus colegas es muy interesante. Aunque, por momentos, hay ciertos aspectos que me preocupan con relación a la reflexividad y la epistemología. Algunas veces la gente involucrada en ese tipo de investigación desarrolla una fuerte identificación personal con sus sujetos de investigación, dado su origen de clase compartido. Lo anterior puede llevar a una posición como la de Georg Lukács,

quien argumentó que el proletariado necesariamente ve la verdad porque son ellos quienes más sufren la opresión. Considero que hay un serio problema con cualquier aseveración, implícita o explícita, que establezca que el origen de clase de una persona garantiza de alguna manera la verdad de sus percepciones. Mucho del trabajo en esta área habla de cómo la telerrealidad produce una representación peyorativa y cínica de la gente pobre, por lo cual el énfasis crítico recae en resaltar cuán injusta es esa representación (que claramente lo es). Sin embargo, Marx y Engels fueron igualmente críticos con las características de lo que en el siglo XIX se denominó “lumpemproletariado”. Advirtieron, por ejemplo, sobre aquello que hacía a ese grupo un aliado pobre para la lucha política. A ellos no les interesaba especialmente defender al lumpemproletariado de las críticas, sino explicar por qué, dadas sus condiciones miserables de

vida, sus experiencias y comportamientos, este tendría a ser estructurado en torno a varias ideas reaccionarias. Marx y Engels son muy claros con respecto a que no es culpa de esa gente vivir en la forma en que lo hace, esto es, concentrada en la supervivencia diaria. No obstante, fueron igualmente claros en términos políticos, razón por la cual sus principales tendencias son reaccionarias. Ahora bien, creo que el trabajo actual sobre la telerrealidad nos presenta un prisma muy interesante desde donde es posible observar, de nueva cuenta, las cuestiones contemporáneas relacionadas con la clase social. Pero, como ya he planteado, tengo mis reservas sobre las bases epistemológicas que sostienen dicha argumentación. En última instancia, todo aquello que reinserte a la clase social en el centro de la agenda de la investigación tendría que ser una buena noticia, al menos así lo veo yo.

Recibida: 30 de julio de 2015

Aceptada: 13 de agosto de 2015

*Traducción de André Dorcé, profesor e investigador del Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa. Apareció originalmente en *Politiques de communication. La revue*, núm. 4, 2015, pp. 19-35, con el título “Cultural Studies/ Études des publics: classe, politique et technologie. Entretien avec David Morley”.

**Entrevistadora: Sandra Vera Zambrano

Doctora en Ciencias Políticas por la Universidad de Toulouse I Capitole. Encargada de cursos y asistente de investigación del Instituto Superior de Periodismo, en la Universidad de Toulouse I Capitole. Actualmente es encargada del Proyecto Transformedia, sobre las evoluciones del periodismo local. Es coautora de dos artículos publicados en 2015: “Devant les séries comiques. La différenciation sociale des réceptions des jeunes” (*Politiques de Communication*, núm. 4, pp. 63-92) y “How effective is media self-regulation? Results from a comparative survey of european journalists” (*European Journal of Communication*, vol. 30, núm. 3, pp. 249-246, 2015). <sandra.verazambrano@gmail.com>.

Imagen de inicio:

Fotografía de David Morley. Recuperada de <<http://www.gold.ac.uk/media-communications/staff/morley/>> [Fecha de consulta: 24 de agosto de 2015].

Cómo citar esta entrevista:

Vera, Sandra, “Estudios culturales / estudios de audiencia: clase, política y tecnología. Entrevista con David Morley”, traducida por André Dorcé, *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, núm. 36, mayo-octubre, pp. 178-186, en <<http://version.xoc.uam.mx/>>.